

“Sabes cómo te voy a hacer gritar con esta, ¿no?”: el sexo *queer* dentro del espacio urbano patriarcal como estrategia de reapropiación y resignificación

El presente artículo se enfoca en varias narrativas argentinas del inicio del siglo XXI que utilizan prácticas discursivas queer para reapropiar y resignificar algunos de los espacios urbanos ligados con el sistema patriarcal heteronormativo. En términos teóricos se partirá de ciertos conceptos epistemológicos de Henri Lefebvre y Michel Foucault relacionados con el espacio – la producción de espacio, los espacios representacionales y la heterotopía – y de sus reinterpretaciones consecuentes para demostrar que los textos de escritores como Gerardo González y Facundo R. Soto logran crear nuevos paradigmas y espacios queer que amenazan las nociones tradicionales del planeamiento urbano patriarcal.

Palabras clave: *narrativa argentina, queer, espacio urbano, Henri Lefebvre*

The article focuses on several twenty-first-century Argentine narratives that use a variety of discursive queer practices to reappropriate and resignify urban spaces traditionally associated with heteronormative patriarchy. The article's theoretical arguments are built upon some of Henri Lefebvre's and Michel Foucault's concepts related to space – production of space, representational spaces, and heterotopy, among others. These concepts and their consequent reinterpretations are employed to show that the texts of writers such as Gerardo González and Facundo R. Soto create new queer urban paradigms and spaces that threaten, to a certain degree, the traditional notions of patriarchal urban planning.

Keywords: *Argentine narrative, queer, urban space, Henri Lefebvre*

Al inicio del siglo XXI, algunos escritores argentinos ofrecen nuevos modelos para reevaluar y reexaminar la relación entre la sexualidad *queer*, es decir, aquellas prácticas y deseos eróticos que no caben dentro del marco de la heteronormatividad tradicional, y algunos de los espacios urbanos más

estrechamente ligados con las estructuras y el simbolismo del poder social patriarcal. Textos como *Soave libertate* (2018) de Gerardo González, y *Juego de chicos* (2011) y *Como se saludan los surfers* (2012) de Facundo R. Soto se proponen desmitificar la supuesta heterosexualidad que rige dentro de espacios tales como la casa de familia, la cancha de fútbol y el gimnasio, presentando sin ningún cubrimiento las variadas interacciones emotivas y sexuales que toman lugar en dichos espacios entre personas del mismo sexo y también entre personas que no obedecen los mandamientos del binario tradicional de género y sexo establecido por el sistema patriarcal.

Además, estas narrativas resultan de interés particular porque representan ciertas prácticas eróticas que desafían los convencionalismos homonormativos establecidos a lo largo de las últimas décadas por una parte de la comunidad homosexual que ha interiorizado los reglamentos de sexualidad vinculados con los patrones patriarcales. De hecho, en estos escritos se observa una serie de prácticas sexuales casuales y anónimas, actos sexuales públicos/de exhibición, juegos sexuales de roles y relaciones eróticas entre personas de edades diferentes, entre otras, que, en su totalidad, forman parte de un modelo de formas de relacionarse interpersonales que tradicionalmente ha sido rechazado por la aburguesada sociedad patriarcal, tanto la hetero- como la homosexual. Por lo tanto, el propósito del presente trabajo es demostrar que la sexualidad marginada y *queer* que aparece en los textos bajo investigación recalca las características transgresivas de lo *queer* y, al mismo tiempo, permite una reapropiación y resignificación de los espacios urbanos ya mencionados que se relacionan con el sistema patriarcal.

En *Soave libertate* el lector encuentra una serie de viñetas en las que se entremezclan diferentes épocas históricas de la vida del narrador, desde los años de la última dictadura militar hasta los primeros años del nuevo milenio. También se introducen diversos espacios urbanos: las calles porteñas, el entorno urbano de algunas ciudades argentinas del interior (por ejemplo, Tucumán) y Los Ángeles, una metrópoli que ocupa un importante papel diaspórico para muchos argentinos exiliados por razones políticas y económicas a lo largo de las últimas décadas y que es, al mismo tiempo, una de las ciudades de habla hispana más importantes del mundo actual. De esta manera, el texto representa un recorrido temporal, espacial, lingüístico y transnacional que demuestra eficientemente las modificaciones que ha vivido el sujeto *queer* y, en particular, el de habla hispana en su relación con el espacio urbano, una entidad que también ha cambiado radicalmente en los últimos años.

Por su parte, Facundo R. Soto ha publicado una serie de narrativas breves desde el comienzo del siglo XXI; por ello, el presente trabajo se

centrará en dos de sus colecciones de cuentos (o novelas episódicas) recientes donde se exploran las diferentes maneras en que el sujeto *queer* maneja y existe dentro del espacio urbano porteño. La primera de estas, *Juego de chicos*, se enfoca en uno de los espacios masculinos paradigmáticos para la sociedad patriarcal argentina – la cancha de fútbol – en un intento de desestabilizarlo y mostrar los modos en que la subversión *queer* puede permearlo y transformarlo como parte de un paisaje urbano que sigue cambiando. La segunda colección, *Como se saludan los surfers*, se centra en diversos espacios urbanos, entre ellos las discotecas, los clubs de sexo y los gimnasios, que también pueden tener una relación ambigua y conflictiva con el sujeto *queer*.

En términos teóricos, el trabajo parte de los conceptos de producción de espacio de Henri Lefebvre y de heterotopía de Michel Foucault, y del modo en que estos han sido desarrollados por los estudios de género y *queer* en el trabajo de críticos como Jorge Luis Peralta y Dianne Chisholm, entre otros/as. En *La producción del espacio [La production de l'espace]* (1974), Lefebvre propone la creación de un proyecto espaciológico que promueve el acercamiento armonioso entre los espacios físico, mental y social, para exponer y decodificar el concepto mismo de espacio y demostrar que se trata de un ente vivo y orgánico producido activamente por diferentes sistemas de control socioeconómico. Dicho proceso permite vislumbrar las relaciones sociales que existen y también aquellas que se configuran dentro del espacio y el autor reconoce que el espacio no es un objeto ni un sujeto, sino una realidad social, es decir, un conjunto de relaciones y formas donde coexisten tres elementos cardinales que el crítico denomina prácticas espaciales, representaciones de espacio y espacios representacionales (Lefebvre 11-46, 116). En su lectura del trabajo del filósofo francés, Jorge Luis Peralta propone una reinterpretación de estos mismos elementos denominándolos “tres formas diferenciadas de espacio” que representan, respectivamente, espacios “percibidos”, “concebidos” y “vividos”. Si los primeros dos se relacionan con lo material y con el orden dominante, los últimos, los espacios representacionales o los espacios “vividos”, permiten nuevas apropiaciones y transformaciones de lo establecido suscitando, de tal manera, la creación de significados diferentes (Peralta 24-25).

Para los estudios *queer*, el concepto de espacios “vividos” resulta el más provechoso, ya que ofrece la posibilidad de deconstruir el orden urbano y abrir grietas para la expresión de sexualidades divergentes, a cuyas prácticas el planeamiento urbano no les ha otorgado, históricamente, ningún espacio oficial o “concebido”. Michael Brown, otro crítico cuyo análisis emplea los postulados de Lefebvre, se enfoca en el rol de la sexualidad en la producción del espacio y demuestra que el sistema

capitalista y la heterosexualidad se interrelacionan para fragmentar el cuerpo dentro del espacio abstracto con el propósito de objetivarlo y mercantilizarlo. Tanto el trabajo de Brown como el de Virginia Blum y Heidi Nast recalcan el heterosexismo estructural de algunos de los postulados del filósofo francés y ofrecen herramientas para abrir las propuestas de Lefebvre a sexualidades divergentes. Blum y Nast sugieren que el espacio se puede apropiarse y reorientar de modos críticos por comunidades conscientes, lo cual permitiría una ruptura en las relaciones espaciales abstractas (574-76), mientras que Brown indica que los espacios representacionales tienen la capacidad de demostrar la existencia de espacios que contienen (o esconden, en el caso del armario) sexualidades imposibles de ubicar en el marco de la heteronormatividad (Brown 85).

Por su parte, el trabajo de Foucault también ha sido instrumental para la deconstrucción *queer* del espacio urbano. Dianne Chisholm ha trazado el modo en que los estudios *queer* han utilizado el concepto foucauldiano de la heterotopía para reexaminar algunos de los espacios urbanos significativos para la población *queer* – barrios con alto porcentaje de población *queer*, cines porno y saunas, entre otros – y redefinirlos como “contraespacios”, ambientes que son simultáneamente reales y utópicos, contestados e invertidos (27). Esta aplicación del pensamiento del filósofo francés coincide con otras interpretaciones más amplias de la heterotopía, por ejemplo, la de Derek Hook, quien la considera un grupo de espacios físicos y metafóricos que permiten la construcción social de “contraespacios” contestatarios de la “otredad” que encarnan formas viables de resistencia (181-84). Peralta también se sirve de las propuestas de Foucault, caracterizando lo que Peralta denomina “espacios homoeróticos” dentro de la ciudad como zonas heterotópicas, partiendo de los seis principios para la identificación de tales zonas que Foucault formula en su *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. A fin de cuentas, Peralta concluye que el concepto de heterotopía se vincula directamente con la espacialidad homoerótica “por su carácter fundamental de *espacio diferente*” y por reflejar e invertir “los ámbitos ‘normativos’ de la vida cotidiana” (23).

En su propio trabajo, Peralta teoriza el espacio homoerótico como un ambiente que se forma como resultado de la interacción entre “un entorno físico inmediato y una actividad humana que modifica momentáneamente su estatus habitual u ‘oficial’” (19). Esta definición se relaciona directamente con las propuestas de Lefebvre, ya que se trata precisamente de la transformación de las representaciones de espacio en espacios representacionales, es decir aquello que ha sido “concebido” por el sistema dominante del planeamiento urbano resulta subvertido por el modo en que el espacio es “vivido” por quienes lo habitan permanente o temporalmente.

También cabe notar que Peralta utiliza el término “espacio homoerótico”, a diferencia del que se maneja en este trabajo, “espacio *queer*”. El crítico subraya que la razón principal para evitar el uso del término *queer* se debe al hecho de que su estudio se ocupa del análisis de producciones culturales del siglo XIX y comienzos/mediados del XX, que históricamente preceden el advenimiento de conceptos como *gay* y *queer*, tanto a nivel global como local, por lo que es importante evitar el empleo de términos que pueden resultar anacrónicos. Dado que el proyecto actual se enfoca en la investigación de textos del siglo XXI, se ha optado por utilizar *queer* sin necesariamente sugerir que *queer* y “homoerótico” pueden ser sustituidos acriticamente. No obstante, el término *queer* ya tiene un uso establecido dentro de los estudios de género en el mundo hispano, y el trabajo de Peralta cita un número de textos relacionados explícitamente con lo *queer* en su construcción del “espacio homoerótico”, lo que sugiere una compatibilidad significativa entre este y el “espacio *queer*”.

Gran parte de los críticos que estudian el espacio *queer* urbano se centran en entornos físicos de la ciudad que tienen un rol importante en la vida del sujeto *queer*, tales como los ya mencionados saunas o clubs de sexo donde hay una concentración de personas que intentan evitar la heteronormatividad y los binarios de la sexualidad prescrita (Bérubé; Betsky 140-95; Chisholm 66-99; Tattelman). No obstante, como ya se mencionó, el trabajo de Peralta sugiere que una oficina o una casa también tienen la capacidad de representar un espacio homoerótico o *queer*, dependiendo del modo en que estas sean reapropiadas y resignificadas en diferentes momentos por aquellos sujetos que procuran escapar de las normas del patriarcado dominante. De hecho, su análisis demuestra que ya en el primer texto argentino que maneja abiertamente el tema de la homosexualidad, *Los invertidos* (1914) de González Castillo, la *garçonnière* (departamento de soltero) y la casa de familia funcionan como espacios *queer* urbanos por causa de las actividades humanas que tienen lugar en su interior. Al mismo tiempo, el crítico reconoce que este tipo de espacios, particularmente los que tienen una relación íntima con el sistema patriarcal, como la casa de familia, pueden exhibir ciertos límites en términos de su carácter homoerótico, algo que Peralta observa en algunos de los textos de ficción del argentino José Bianco como, por ejemplo, *Las ratas* (1943). Examinando esta obra, el investigador nota que la casa de familia es un espacio ambiguo que “se manifiesta receptiv[o] a secretos de carácter sexual” sin, no obstante, llegar a adquirir “un estatus explícitamente homoerótico”, lo cual se debe tanto al estilo sutil de Bianco como a las características innatamente aburguesadas y patriarcales de las “viejas casonas” que ocupan los personajes (Peralta 150).

En los textos de González y de Soto se encuentran diferentes facetas de la espacialidad *queer* urbana, desde aquellas que se relacionan directamente con las experiencias vitales del sujeto *queer* – la Avenida Santa Fe en la capital argentina antes de la última dictadura (una zona importante de ligue entre personas del mismo sexo de la época)¹ o el club de sexo hoy en día – hasta espacios urbanos que no tienen atributos explícitamente *queer* pero que pueden llegar a ser *queer* precisamente por el modo en que son “vividos” por sus habitantes. Esto se nota manifiestamente en *Soave libertate*, un texto que retrata a un argentino que en el presente diegético de la trama – principios del siglo XXI – reside en una zona acaudalada de la ciudad de Los Ángeles. Las múltiples retrospectivas a lo largo de la narrativa revelan una vida turbulenta en diferentes regiones de Argentina, donde el narrador ha experimentado una variedad de prácticas homoeróticas. La presencia de distintos entornos urbanos demuestra tanto las posibles formas de resistencia frente a las prescripciones heterosexistas como los diferentes peligros para las personas que emprenden tal resistencia en las ciudades del país sudamericano de la segunda mitad del siglo XX.

En la actualidad del texto el personaje principal – que nunca revela su nombre – disfruta de una vida acomodada en el sur de California, donde sigue ejerciendo prácticas que desafían los postulados del sistema patriarcal. La diferencia principal entre su presente en los Estados Unidos y su pasado en el Cono Sur radica en que sus encuentros *queer* ya no se efectúan a través del *yiro*² por las calles urbanas de la Argentina de su juventud, sino mediante el uso del espacio cibernético de los chats que le permiten relacionarse con otros hombres interesados en tener relaciones eróticas y/o emotivas con miembros de su propio sexo o con personas que subvierten el típico binario de género y sexo. Una vez establecido el contacto y comprobado el deseo de copular o simplemente conocerse en persona, el narrador invita a sus *partenaires* a su casa, lugar que se convierte en un espacio urbano abiertamente *queer*.

El texto narra varios de estos encuentros como, por ejemplo, uno con John, “un hermoso señor, casado, con hijos” (González 144). Como muchos de sus otros amantes o “abonados”, según los llama el personaje principal, se trata de un hombre casado con una mujer, que escapa de la rutina sofocante de la heteronormatividad y de su vida repleta de obligaciones tradicionales que requieren que él sea un respetable sostén de la familia y reproductor del sistema patriarcal a través de la procreación heterosexual. En la casa del narrador, no obstante, John se puede entregar a un placer erótico diferente de aquel prescrito por las prácticas heterosexuales, disfrutar del cuerpo de otro hombre y hablar de sus fantasías sexuales, especialmente aquellas que no es capaz de enunciar fuera de la casa de su

amante masculino. En *Soave libertate*, la casa obtiene características *queer* adicionales por ser un espacio que se fija explícitamente en la corporalidad del padre de una familia heterosexual, ya que el protagonista no describe a John únicamente en términos de su función social (señor casado, con hijos, etc.), sino también en términos explícitamente físicos – “John es de raza negra, un tipo altísimo y corpulento con una verga grandota” – y de sus partes íntimas – su pene se presenta como “verga enorme y tibia” (144-45). Estas imágenes revelan la corporalidad masculina tradicionalmente invisibilizada dentro de la producción cultural occidental, cuya intención es transformar el cuerpo del hombre en “continente oscuro”, como lo define Peter Lehman (5). Por lo tanto, estos aspectos del texto de González desestabilizan el sistema patriarcal al exhibir el cuerpo desnudo del hombre con todos sus detalles íntimos.

Esta capacidad de la casa del narrador de González de visibilizar de un modo gráfico la intimidad de la masculinidad hegemónica asemeja dicho espacio a la *garçonnière* que Peralta describe en su estudio. La *garçonnière* particular en que se enfoca el crítico se encuentra en *Los invertidos* de González Castillo, novela arriba mencionada. A pesar del desenlace trágico de la obra, Peralta propone que la *garçonnière* de uno de los amantes masculinos se transforma en espacio representacional que desmantela la representación de espacio dominante, “la casa burguesa, símbolo de la institución familiar y del rígido orden moral que la sustenta” (76). Luz Aurora Pimentel sugiere que este tipo de transformación se efectúa a través de las acciones de los personajes o del propio narrador, quienes atribuyen nuevas funciones y/o significaciones al espacio (186). Esto, según Peralta, en el caso particular de la *garçonnière* le permite funcionar “como una heterotopía: un lugar otro que refleja e invierte ese (falso) orden, que se sustrae – efímeramente – a él y que a su vez lo mantiene, pues solo la existencia de *lugares de otredad* garantiza el pleno funcionamiento de *lugares de lo mismo*” (76). Esta transformación también se puede leer como un ejemplo de lo que Bianca Brinkmann y Marcel Thoene denominan la “agencia activa” que poseen tanto la construcción literaria de la ciudad (o del espacio urbano) como los personajes, algo que permite a ambas entidades establecer una relación recíproca a través de la cual se moldean y representan mutuamente, una relación que habilita analizar la literatura desde una perspectiva verdaderamente urbana (63).

A diferencia de lo que sucede en *Los invertidos*, en el presente diegético de *Soave libertate* no hay eventos trágicos; sin embargo, dentro de la casa del narrador se produce una serie de acciones que subvierten el orden patriarcal, hecho que resignifica el espacio de la casa burguesa, tanto aquella de la cual escapan los amantes del narrador para poder disfrutar de la clase

de relaciones sexuales que no existe en su propio hogar, como la casa del mismo narrador, donde se ejercen performances que invierten el orden tradicional. Esto resulta evidente desde el inicio del libro, cuando el protagonista cuenta su aventura en Los Ángeles con un tal Dave, quien llega a su vivienda con el intento de recrear por completo las estructuras patriarcales a través de la ejecución de una fantasía erótica basada en la premisa de que su amante es su “esclava” en la cama y, por lo tanto, debe ocupar explícitamente el rol de la mujer sumisa que establecen las estructuras de la familia tradicional. Como parte integral de su fantasía, Dave también informa al otro hombre que todo el placer erótico queda reservado para él como varón penetrador: “[q]uiero que te quede claro que aquí el único que goza soy yo, todo se hace para agradarme a mí. A mí no me interesa tu placer ni tampoco me preocupo por dártelo” (González 5). Estas declaraciones rígidas se complementan con un intento de feminizar por completo a su pareja denominándolo “esclava” y advirtiéndole que su “ano iba a ser su pussy (concha, en lenguaje de gringo)” (5) – una fantasía que se aproxima a los orígenes más siniestros del patriarcado donde ocupar el rol femenino significa una abyección total.

Inicialmente, el narrador aparenta aceptar las reglas de su nuevo amante y a lo largo de las horas que pasan juntos dentro de su casa se construye una reproducción cabal de los postulados más anquilosados del patriarcado, según los cuales el sujeto penetrado obedece las órdenes del macho “activo”. El protagonista incluso utiliza términos que se pueden relacionar directamente con la epistemología de Lefebvre al informar al lector que “[c]omenzaba, pues, la representación” (González 4), indicando el intento de transformar la interacción erótica entre los dos en una representación de espacio que configuraría el hogar del narrador, su “*garçonnière*”, en una casa de familia donde se observan los reglamentos tradicionales. No obstante, desde el comienzo se nota también una subversión de este reglamento, ya que el narrador de los eventos es el amante sumiso y penetrado: de este modo el discurso textual aparece dominado por el sujeto que supuestamente no ejerce ningún control sobre la situación. Esta reapropiación discursiva por parte del amante “pasivo” y penetrado también permite ver que el narrador, a quien se le ha prohibido el goce, indudablemente acaba disfrutando de este juego sexual. Este es, sin embargo, solo el primer indicio de que la casa del personaje principal se niega rotundamente a transformarse en una representación de espacio y es vivida por el narrador como un espacio representacional, un lugar donde las normas se trastornan y resignifican.

La subversión resulta más evidente al final de la descripción de este episodio, cuando al salir de la casa del protagonista, Dave le informa que,

por ser “una esclava perfecta”, se ha ganado el privilegio de estar con él todas las noches a partir de ese momento (González 6). Consecuentemente, Dave llama la noche siguiente para citarlo para otra sesión. No obstante, el argentino está cansado y pide dejar el encuentro para otra noche. El ritual de llamadas y rechazos se repite durante varios días y termina produciéndole al narrador una “gran satisfacción en ver hasta qué punto se había convertido [Dave] en mi esclavo” (7). Así, el texto demuestra que al fin y al cabo el amante penetrado es el que mantiene el control en el espacio de la fantasía erótica y también en el espacio físico de la casa donde se produjo dicha fantasía. Desde el primer momento del encuentro entre los dos se observa un intento de transformar la vivienda del narrador en un simulacro perfecto de la heteronormatividad con un sujeto que penetra, goza y domina, mientras que el papel del otro es proveer placer, ser penetrado y controlado. Sin embargo, desde el encuentro inicial hasta el fin de la interacción varios días más tarde, la casa también funciona como lugar donde este sistema se subvierte, algo que resulta obvio al final cuando el que ejerce el control absoluto termina siendo el narrador. Por lo tanto, resulta claro que la casa del narrador es una heterotopía, ya que, como sugiere Peralta, se trata de un “*espacio diferente*, que al mismo tiempo refleja e invierte los ámbitos ‘normativos’ de la vida cotidiana” (23). La inversión de las reglas implica que la casa del narrador se puede leer como un “contraespacio” heterotópico donde se encuentra precisamente la contestación de reglas patriarcales y la producción de formas viables de resistencia que proponen tanto Chisholm como Hook en sus análisis respectivos de los postulados de Foucault.

En algunos de los cuentos de Facundo R. Soto también se observa la presencia de espacios urbanos paradigmáticamente *queer*, como el club de sexo para hombres o la disco gay, antros que son el escenario de los cuentos “Glory Hole” y “Paki”, respectivamente, de la colección *Como se saludan los surfers*. En otros trabajos ya se ha detallado la importancia de este tipo de espacios *queer*, especialmente dentro del ambiente porteño donde se desarrollan la mayoría de las narrativas de Soto (Brant; Kokalov). Además, los cuentos del escritor argentino presentan espacios adicionales dentro de la ciudad que no se vinculan explícitamente con lo *queer*, los cuales, como en el caso de la casa del narrador en el texto de González, pueden reapropiarse y resignificarse temporalmente como espacios *queer* dependiendo de las actitudes de quienes los ocupan o “viven”, según la terminología de Peralta. En el caso de Soto algunos de estos espacios son el gimnasio y la cancha de fútbol, lugares que, al igual a la casa de familia, funcionan tradicionalmente como pilares de la sociedad patriarcal, que los utiliza como ejes geográficos para el desarrollo de las identidades y

comportamientos necesarios para su reproducción física, económica y social. De hecho, R. W. Connell afirma que las estructuras jerárquicas y competitivas del mundo deportivo funcionan tanto como uno de los espacios paradigmáticos para la producción de la masculinidad hegemónica en el mundo occidental (*Masculinities* 35-37) como para la creación y diseminación de la diferencia de género (*Gender* 5). A su vez, en su extenso trabajo sobre la formación de la masculinidad moderna, George L. Moss subraya la importancia del gimnasio para la construcción del estereotipo masculino a partir del siglo XVIII, cuando una serie de pensadores europeos reintrodujeron en el imaginario social el lema romano *mens sana in corpore sano* y señalaron la gimnasia como práctica fundamental para la edificación del cuerpo que satisface el ideal varonil (17-55).

En el contexto argentino, Eduardo Archetti afirma que el fútbol ocupa un espacio sumamente privilegiado y forma parte integral de la construcción de la “masculinidad nacional” de este y de otros países latinoamericanos (176, 192). En términos geográficos, el crítico afirma que el fútbol es un fenómeno esencialmente urbano que parte del espacio legendario del *potrero*, la cancha de fútbol argentina original descrita como lugar urbano vacío, de tamaño variable (pero generalmente pequeño) y con superficie desperejada, donde nace la figura más emblemática del fútbol nacional, el *pibe* (67, 193). En consecuencia, la transformación del gimnasio y de la cancha de fútbol en espacios *queer* puede ser, por un lado, problemática y difícil, pero, por otro lado, altamente significativa y útil para la deconstrucción de la sociedad patriarcal, porque esta depende esencialmente de dichos espacios en su función de representaciones de espacio.

El tercer cuento de *Como se saludan los surfers*, se titula precisamente “Gimnasio” y lleva al lector a uno de estos lugares íntimamente vinculados con la masculinidad heteronormativa. A través de los ojos del narrador homodiegético, el lector es testigo de una interacción agresiva y machista entre dos hombres que frecuentan este tipo de instalaciones deportivas con el propósito de afinar sus músculos – uno de los pasos vitales hacia la perfección del estereotipo masculino (Moss 40). Ellos hacen ejercicio juntos y uno de los dos, al estirar la camiseta del otro, le pregunta si “[n]o hay para hombres, che?” sugiriendo que la tela es demasiado corta para ser llevada por un varón. Su compañero le contesta de una manera no menos indicada para un “hombre de verdad”, agarrando su “pija” y amenazándolo con una aparente violación sexual: “Sabes cómo te voy a hacer gritar con esta, ¿no?” (Soto, *Como se saludan* 20). Aquí vale recalcar que dicha interacción se desarrolla de un modo sumamente público, en la sala de pesas, lo cual indica el deseo de los dos de que su intercambio sea escuchado y observado por

los otros clientes, hecho que sirve a los dos para afirmar su propia masculinidad a través de la humillación del otro. Se trata del tipo de violencia machista que, como afirma David William Foster, siempre se basa en la supuesta diferencia sexual de los demás (129-32). Esto, según el crítico, convierte la relación entre la homofobia y la violencia masculinista en “un caso de la Banda de Moebio” en la que el agresor homologa cualquier tipo de diferencia del otro, sea esta étnica, racial, religiosa, etc., con la supuesta deficiencia de heterosexualidad que se puede “leer” en su cuerpo (Foster 131-32). En el caso del cuento de Soto, lo que los dos hombres “leen” en el cuerpo de su compañero es una aparente falta de heterosexualidad (debida a su vestimenta o deseo de ser penetrado) sobre la base de la cual se burlan del otro o, en el caso más extremo, lo amenazan con una violencia machista y sexual.

Después de presenciar este espectáculo machista, el narrador se dirige a la sala de yoga, donde llega a escuchar una serie de “gemidos entrecortados” que pican su curiosidad y terminan llevándolo a las duchas del vestuario. Una vez ahí, se da cuenta de que detrás de la cortina cerrada de una de las cabinas se encuentran los dos hombres de la escena anterior copulando. Esta nueva interacción también parece tener el propósito de constituir un espectáculo, es decir, de ser observada por los otros clientes. A pesar de que la cortina está cerrada, algo que compele al narrador a agacharse para averiguar que en la ducha hay cuatro piernas en un movimiento que indica un acto sexual, no parece que los dos amantes hayan hecho un verdadero intento por esconderse, ya que sus gemidos se escuchan lo suficientemente lejos como para que el narrador se dé cuenta de lo que sucede. El deseo de que los observen se revela más claramente cuando el narrador decide usar la ducha colindante y de repente “[S]in querer, los chicos que estaban enfrente movieron un poco la cortina y por una rendija pude verlos” (Soto, *Como se saludan* 21). La observación “sin querer” resulta sospechosa, ya que hasta este momento los dos amantes han hecho todo lo posible para exhibirse, tanto en la sala de pesas como en las duchas, asegurándose de que sus palabras o gemidos sean escuchados por quienes los rodean. De todas maneras, desde este instante el narrador observa el acto sexual entero, incluso agachándose para no perder ningún detalle. No queda claro si los hombres se percatan de su presencia o de la de otro chico que aparece en un momento dado, pero el texto manifiesta que no les importa, ya que continúan su acto sexual hasta llegar a un orgasmo sumamente público: “El rubio y el negro, que seguían enfrente mío, no tuvieron reparos en gritar para acabar” (22).

Esta serie de espectáculos – la interacción agresiva en la sala de levantar pesas y el acto sexual en las duchas – confieren un sentido doble y

heterotópico al espacio urbano en cuestión, ya que, por un lado, recalcan sus cualificaciones patriarcales como lugar donde los hombres se dedican a actividades que sirven para construir y reproducir la masculinidad tradicional, tales como el ejercicio físico, el aumento de la masa muscular y la amenaza del otro usando violencia masculinista. Por otro lado, el acto sexual que observa el narrador sirve para desestabilizar dichas cualificaciones, al demostrar que existen posibilidades *queer* aun dentro de un espacio tan evidentemente heteronormativo. Utilizando las epistemologías tanto de Levebvre como de Pimentel se puede resumir que se trata de la transformación de una representación de espacio en espacio representacional a través de las acciones de los personajes que frecuentan o habitan dicho espacio y que acaban por otorgarle nuevas funciones. En este caso particular, se trata de hombres que se instalan dentro del gimnasio y, al mismo tiempo, se reapropian de y resignifican el típico discurso heterosexista deportivo que pretende menospreciar la hombría del otro con una de las amenazas más peligrosas para la heteronormatividad, la penetración anal, que el otro no solamente tendrá que bancarse, sino que también disfrutará, al punto de llegar a “gritar”. Esta reapropiación y subversión se efectúa a través de la transformación del discurso inicial (su conversación) en actos que convierten la supuesta amenaza en un evento sumamente anhelado y placentero para ambos. Su aspecto “de machos”, según la definición del narrador, problematiza aún más el estatus heteronormativo del espacio urbano en cuestión, pues demuestra que ni el supuesto aspecto hipervarónil de los que frecuentan el gimnasio garantiza que este no se va a convertir en un espacio *queer*. Finalmente, la naturaleza pública o semipública de las interacciones permite a los demás clientes reevaluar este espacio urbano y considerar su potencial disidente.

Juego de chicos, que se puede considerar tanto una colección de cuentos como una novela en episodios, se centra en un lugar intrínsecamente asociado con la masculinidad tradicional – la cancha de fútbol – y demuestra los modos en que este puede funcionar, hasta cierto punto, como espacio *queer* dentro del entorno urbano de la capital argentina. Vale recalcar que en el país sudamericano el deporte relacionado con este espacio representa, según Archetti, una poderosa expresión masculina de la capacidad y potencial nacional y sirve para construir la imagen del varón de clase media dentro de un espacio, el estadio, que funciona como escenario de una serie de performances rituales (10, 15, 58). Cada uno de los cuentos de Soto presenta al lector a un miembro diferente de un equipo de fútbol porteño que incluye hombres con diversos deseos y prácticas sexuales. El narrador es uno de los jugadores, que retrata a sus compañeros fijándose en el modo en que participan en el equipo, en sus vidas privadas y, frecuentemente de

un modo explícito, en sus preferencias y experiencias eróticas. Ninguno de los personajes, salvo excepciones, tiene un nombre propio en el texto y el narrador se refiere a ellos con sus números o roles en el equipo, por ejemplo, “7”, “10 Suplente” o “DT”, detalle que subraya el rol primordial de su identidad deportiva. Ellos ocupan la cancha de fútbol como los jugadores de cualquier otro equipo tradicional y a lo largo del texto se los observa entrenando, viajando a otras ciudades para torneos, perdiendo y ganando partidos. A veces en los vestuarios o en la misma cancha se escuchan las típicas conversaciones asociadas con la cultura futbolista mientras ellos hablan del amor, del sexo o del deporte que practican.

No obstante, estas conversaciones se entremezclan con otras que desplazan sin miramientos las expectativas tradicionales del mundo heteronormativo de los deportes. Así, por ejemplo, el cuento “‘10 Suplente’ cuando la comida molecular se transforma en pancho” comienza con una conversación entre el narrador y el personaje epónimo, quien proclama abiertamente su afición hacia “la pija” mientras los dos se ponen las camisetas y entran en la cancha: “ – Me gusta tanto la pija ... – ¿Por qué me gusta tanto?” (Soto, *Juego de chicos* 69). A través de varias analepsis que relatan la iniciación sexual de “10 Suplente” y también su llegada al equipo, se descubre que este personaje ha superado muchos de sus propios prejuicios relacionados con la sexualidad. De este modo resulta evidente que, si en el presente diegético él no tiene ningún problema en enunciar su predilección hacia el miembro masculino, durante su primera interacción con los otros integrantes del equipo él había respondido nerviosamente, con un sucinto “activo”, al ser interrogado sobre sus preferencias eróticas. Se trata de una evasiva que no refleja sus deseos verdaderos, sino que se basa en convencionalismos anquilosados según los cuales el participante en un acto sexual que penetra a su pareja, el “activo”, no es realmente homosexual y, por lo tanto, su heteromasculinidad no resulta amenazada por la acción de copular con otro hombre.

El texto de Soto prueba que el tiempo que “10 Suplente” ha pasado con sus compañeros del equipo de fútbol dentro del espacio urbano de la cancha le ha permitido liberarse del miedo que le provocaba su propio deseo *queer*. De hecho, al final del cuento el narrador informa que este personaje acaba siendo el novio de “10 Titular”. Esta circunstancia pone fin a la rivalidad entre los dos y subvierte, además, una de las características fundamentales de las estructuras jerárquicas del mundo deportivo y de la cancha de fútbol, la competencia, la cual, según Connell, figura como uno de sus valores más premiados (35). En el cuento de Soto el vínculo amoroso significa que a ellos ya “no les importaba quién jugaba de titular y quién de suplentes” (Soto, *Juego de chicos* 72) en un desafío directo a las tradiciones deportivas. Estos

desarrollos narrativos demuestran las aperturas *queer* que se efectúan dentro del espacio de la cancha, transformada en un espacio representacional como resultado de las acciones y actitudes de los personajes, precisamente el modo en que lo define Pimentel.

Cabe destacar, no obstante, que el espacio no se transforma en una entidad *queer* de un modo simple o unidimensional. Como señala Peralta, ciertas clases de espacio, por estar íntimamente vinculadas con el poder del sistema patriarcal, con frecuencia exhiben un límite en cuanto a su propensión a incorporar desafíos y posibilidades *queer* (150), y como se verá a continuación esto queda manifiesto en el texto de Soto. La cancha de fútbol en *Juego de chicos* incluye hombres que rechazan abiertamente la rivalidad, admiten su deseo de ser penetrados o, en el caso de otro jugador, “4”, asumen su interés erótico hacia hombres mucho mayores que ellos, pero, al mismo tiempo, dentro de este mismo espacio, se rechaza la participación de personajes como Turquesa, una travesti que, según las palabras de sus compañeros, “juega mejor que nosotros” (Soto, *Juego de chicos* 7). Después de varios entrenamientos, la demanda de Turquesa de jugar en un partido oficial provoca una fuerte oposición de parte de los demás jugadores, quienes en conversaciones privadas previas ya han expresado su preocupación por incluirla en el equipo. En el momento de su demanda pública, sin embargo, dicha inquietud se transforma en una confrontación directa que deja “de estar en los celulares, para establecerse en la cancha” (10).

Precisamente allí se la rechaza por ser distinta, por tener una corporalidad divergente y por estar “ocasionando un problema” (Soto, *Juego de chicos* 14). A pesar de que algunos defienden su derecho a participar en el equipo, Turquesa termina marginada por ser demasiado *queer* para la cancha de fútbol y para un equipo que acepta hombres de cualquier orientación sexual, pero que no está dispuesto a aceptar a una travesti por el miedo a perder el supuesto respeto de los otros equipos, retrocediendo, de tal modo, a la posición vetusta del rechazo al diferente. Esto demuestra los límites de este lugar como espacio *queer*, revela los prejuicios machistas que siguen vigentes entre muchos de los jugadores y ejemplifica la ambigüedad y la inconsistencia de ciertos espacios *queer* que Peralta señala en su trabajo (150). En este caso, el espacio “concebido” retiene algunas de sus características originales y no termina siendo “vivido” y resignificado por todos los que desean “vivirlo”, según la epistemología de Peralta, algo que demuestra las limitaciones del espacio representacional (150). Se trata de una incapacidad de la comunidad consciente, según lo definen Blum y Nast, para reapropiar y reorientar el espacio con el objetivo de que este

acomode las necesidades de diferentes expresiones de sexualidad y, en este caso, de corporalidad (575-76).

Los textos analizados presentan, en definitiva, una serie de espacios urbanos típicamente vinculados con el sistema patriarcal, pero que en circunstancias oportunas se pueden reapropiar y resignificar para funcionar, dentro de ciertos límites, como espacios *queer*. En la narrativa de González y de Soto, la casa, el gimnasio y la cancha de fútbol constituyen ejemplos de la transformación de representaciones de espacio en espacios representacionales, según las propuestas de Lefebvre y de la reinterpretación *queer* de estas por parte de Peralta y Chisholm. Esta transformación también se relaciona con la heterotopía foucauldiana, según la cual dichos espacios funcionan como “contraespacios” en los que se producen diferentes contestaciones por parte de los personajes, quienes, como lo afirma Pimentel, otorgan nuevas atribuciones y significaciones al espacio a través de sus acciones (186). Finalmente, los textos en cuestión también presentan algunos de los límites de dichos espacios: queda demostrado, así, que el sistema patriarcal sigue siendo una estructura potente dentro de la sociedad argentina contemporánea, que todavía no está dispuesta a abdicar de su poder dentro del espacio urbano.

Purdue University Northwest

NOTAS

- 1 Para más detalles sobre la importancia histórica de la Avenida Santa Fe para la comunidad homosexual porteña, ver Bazán (335-66).
- 2 El *giro* es la versión rioplatense de la *flânerie* o del *cruising* homoerótico/*queer*, que involucra paseos por parques, calles u otras zonas públicas de la ciudad en búsqueda de encuentros sexuales. Para más detalles sobre las tradiciones argentinas del *giro*, ver Bazán (116-17).

OBRAS CITADAS

- ARCHETTI, EDUARDO P. *Masculinities: Football, Polo and the Tango in Argentina*. New York: Berg, 1999.
- BAZÁN, OSVALDO. *Historia de la homosexualidad en la Argentina*. 2ª ed. Buenos Aires: Marea Editorial, 2010.
- BÉRUBÉ, ALLAN. “The History of Gay Bathhouses.” *Journal of Homosexuality* 44:3-4 (2003): 33-53.

- BETSKY, AARON. *Queer Space: Architecture and Same-Sex Desire*. New York: William Morrow and Company, Inc., 1997.
- BLUM, VIRGINIA, Y HEIDI NAST. "Where's the Difference? The Heterosexualization of Alterity in Henri Lefebvre and Jacques Lacan." *Environment and Planning D: Society and Space* 14 (1996): 559-80.
- BRINKMANN, BIANCA, Y MARCEL THOENE. "The Provincial Metropolis: The Function of the Urban as Dynamic Agency in Paul Auster's *The Brooklyn Follies*." *Cityscapes in the Americas and Beyond: Representations of Urban Complexity in Literature and Film*. Eds. Jens Martin Gurr y Wilfried Raussert. Tempe: Wissenschaftlicher Verlag Trier, 2011. 63-75.
- BRANT, HERBERT. "'Pero vos conocés bien mis delirios místicos': The Search for Sublime Union in the Fictions of Pablo Pérez." *Chasqui* 44.1 (2015): 104-18.
- BROWN, MICHAEL P. *Closet Space: Geographies of Metaphor from the Body to the Globe*. New York: Routledge, 2000.
- CHISHOLM, DIANNE. *Queer Constellations: Subcultural Space in the Wake of the City*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2005.
- CONNELL, R. W. *Gender*. Malden: Polity P, 2002.
- . *Masculinities*. 2^a ed. Berkeley: U of California P, 2005.
- ECHEVERRÍA, ESTEBAN. "El matadero." *Antología del cuento hispanoamericano*. Ed. Fernando Burgos. 5^a ed. México: Editorial Porrúa, 2006. 1-16.
- FOSTER, DAVID WILLIAM. *Ensayos sobre culturas homoeróticas latinoamericanas*. Ciudad Juárez: U Autónoma de Ciudad Juárez, 2009.
- FOUCAULT, MICHEL. *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Trad. Daniel Defert. Buenos Aires: Nueva Visión, 2010.
- GONZÁLEZ, GERARDO. *Soave libertate*. 2^a ed. Los Angeles: ErosBooks, 2018.
- GONZÁLEZ CASTILLO, JOSÉ. *Los invertidos*. 1914. Buenos Aires: Puntosur, 1991.
- HOOK, DEREK. *Foucault, Psychology and the Analytics of Power*. New York: Palgrave Macmillan, 2007.
- KOKALOV, ASSEN. "Espacio urbano y apropiación queer en la narrativa argentina contemporánea: *Batido de trolo* (2012) de Naty Menstrual y *La gira* (2012) de Martín Villagarcía." *Culturas* 12 (2018): 103-22.
- LEFEBVRE, HENRI. *The Production of Space*. Oxford: Blackwell Publishing, 1991.
- LEHMAN, PETER. *Running Scared: Masculinity and the Representation of the Male Body*. Detroit: Wayne State UP, 2007.
- MOSS, GEORGE L. *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*. Oxford: Oxford UP, 1996.
- PERALTA, JORGE LUIS. *Paisaje de varones. Genealogías del homoerotismo en la literatura argentina*. Barcelona: Icaria Editorial, 2017.
- PIMENTEL, LUZ AURORA. *Constelaciones I: ensayos de teoría narrativa y literatura comparada*. México: Bonilla Artigas Editores, 2012.

- SOTO, FACUNDO R. *Como se saludan los surfers*. Buenos Aires: De Parado, 2012.
- . *Juego de chicos*. Buenos Aires: Conejos, 2011.
- TATTELMAN, IRA. "The Meaning at the Wall: Tracing the Gay Bathhouse." *Queers in Space: Communities, Public Places, Sites of Resistance*. Eds. Gordon Brent Ingram, et al. Seattle: Bay Press, 1997. 391-406.